

medio ambiente. Es uno de los nombres a tener en cuenta en la sociología francesa actual. (Dicho sea de paso, su trabajo demuestra, junto al de otros y otras, que la gran tradición científico-social del país vecino no se extinguió en la década de los setenta del siglo pasado, contra lo que a veces parecen creer los profesores españoles de hoy.)

Juan mantiene que puede hablarse de una escuela francesa de socioantropología (EFSA), con el mismo fundamento –o incluso más– que cuando se habla de la Escuela de Frankfurt o la Escuela de Chicago. Esa corriente de pensamiento tendría sus raíces en el siglo XVIII (especialmente en Montesquieu y Rousseau, de acuerdo con una interpretación propuesta por el propio Durkheim). Su núcleo central sería el grupo de colaboradores de la revista *L'Année Sociologique*, fundada por Durkheim y sostenida en buena medida por el empeño y la dedicación de Marcel Mauss. Y sus prolongaciones, a través de figuras intermedias como Gurvitch y Balandier, se extenderían hasta conectar con un buen número de seguidores actuales, entre los que el propio autor del libro declara encontrarse.

Según la interpretación propuesta por Juan, la EFSA, más que un producto individual de su fundador y referente principal, es el resultado de un trabajo colectivo, de grupo, en las primeras décadas del siglo XX. «Los durkheimianos, conjuntamente, crean una tradición sociológica evolutiva paralela a la de Alemania, como hija de la filosofía, introduciendo la etnología. Tienen una visión global y científica de los hechos sociales, pero eso no impide que, en

una vertiente más personal, asuman casi siempre determinados compromisos políticos» (pág. 285). Entre los rasgos característicos de esa tradición hay que contar la doble sensibilidad sociológica y antropológica así como la importancia atribuida a lo simbólico (religión, arte, conocimiento e ideología) y la convicción de que las normas y las regulaciones institucionales son esenciales para la cohesión social. Se trata de una visión contrapuesta tanto a una interpretación individualista y socio-biológica de los hechos sociales como al estructuralismo o al reduccionismo económico.

El primer capítulo está dedicado a explorar los orígenes y los precedentes de la EFSA. Montesquieu, en tanto que introductor del método comparativo y de la idea de que las normas sociales reducen los efectos de la desigualdad. Rousseau, como inspirador de una determinada visión de la naturaleza humana y como proponente de una estrecha conexión entre la cultura y las instituciones. El contexto evolucionista y colonial en que se formó la sociología a lo largo del siglo XIX, así como la compleja relación entre ésta y el socialismo (y otras corrientes políticas no liberales): Saint-Simon, Comte, Proudhon o Bourgeois, entre otros, son citados bajo esa perspectiva.

A continuación, el libro propone una lectura particular de Durkheim, lectura que, en diversos aspectos sustanciales, es abiertamente comprometida. En primer lugar, Juan remarca con mucha fuerza la amplitud del camino recorrido por el autor de *El suicidio*, desde el organicismo inicial hasta la

centralidad de lo simbólico en su obra de madurez, desde el positivismo de *Las reglas del método sociológico* a la dimensión antropológica de *Las formas elementales de la vida religiosa*. Sostiene, en segundo lugar, que en esa densa y compleja trayectoria hay algunas ideas permanentes: las normas, las instituciones y la educación son lo que permite mantener la cohesión social pese a las tensiones de fragmentación derivadas de la creciente división del trabajo; el cambio social debe comprenderse, por encima de cualquier otra cosa, como proceso de institucionalización, mediante el que se sedimentan las formas sociales; la autonomía individual no se opone a la institucionalización sino que, al contrario, nace de la misma y la tiene como fundamento (incluso para combatirla o cambiarla, como señalaría más tarde Duvignaud). Da bastante importancia, también, a la visión durkheimiana del socialismo como intervención reguladora del Estado, por encima incluso de las personales simpatías políticas de Durkheim, que pese a la amistad mantenida con Jaurès se orientaron menos marcadamente hacia la izquierda. Y, por último, destaca el papel fundamental de *L'Année Sociologique*, revista que fue a la vez medio de expresión y herramienta de cohesión para el grupo de los «durkheimianos». Respecto a estas dos últimas cuestiones, menos personalistas y más colectivas, Juan resalta la contribución esencial de Mauss.

Personalmente, encuentro muy acertada la insistencia de Salvador Juan en que esas dimensiones más colectivas y más relacionadas con el compromiso

cívico son relevantes en la constitución de la EFSA. Porque, en más de un sentido, ese enfoque del tema le permite describir el nacimiento de las ciencias sociales modernas de un modo bastante más realista de lo que es habitual; de un modo, por decirlo así, más sociológico. El canon académico de la teoría clásica, tal como fue establecido hace ya muchas décadas y como todavía es hipocritamente repetido en muchas universidades del mundo, gira en torno a una trinidad –Marx, Weber, Durkheim– olímpicamente descontextualizada. Muchas de las páginas del libro aquí comentado, por el contrario, están muy sanamente pegadas a la tierra. Incluso los aspectos más anecdóticos, como las referencias al prolongado sacrificio de Mauss al servicio de la revista del grupo y de la difusión de la obra de otros, resultan sumamente ilustrativos. (Dicho sea de paso: *L'Année Sociologique* es una revista fundamental en la historia de las ciencias sociales; sin embargo, redactada por un grupo de amigos y colegas con un fuerte anclaje local, repleta de recensiones de libros y de otros productos intelectuales no sexeniales, no habría puntuado nada en los baremos de la ANECA...).

Hay otros contenidos del libro que, a mi parecer, resultan especialmente interesantes en el contexto ibérico. Me refiero, concretamente, a las páginas dedicadas a los integrantes de lo que Juan denomina “la primera EFSA”: los contemporáneos de Durkheim, los que asumieron junto a él la tarea de sacar adelante *L'Année Sociologique* y de fundamentar las ciencias sociales, con mucha diversidad de planteamientos pero,

por así decir, con un espíritu compartido. Se trata de autores cuya obra es en todos los casos considerable, pese a ser relativamente poco conocidos por estos pagos (con la parcial excepción de Mauss): Bouglé, Hubert, Simiand, Fauconnet, Halbwachs, Hertz, Richard, Davy... A cada uno de ellos dedica Juan algunas páginas muy informativas, contribuyendo a perfilar, en conjunto, los rasgos esenciales de su aportación como grupo. En el período entre 1918 y 1945, tras la muerte de Durkheim, la existencia de este grupo hizo posible la continuidad de la EFSA; y a ello se dedica el tercer capítulo.

El último capítulo del libro trata de las prolongaciones de la tradición durkheimiana en la segunda mitad del siglo xx, a través de las contribuciones de Gurvitch, Balandier y Duvignaud, entre otros, y termina identificando hasta cuarenta durkheimianos entre los sociólogos y sociólogas actuales.

Tal como la presenta Juan, opino que acertadamente, la EFSA es una tradición de pensamiento con un fuerte componente nacional: aunque hacia el final apunta la existencia de algunos autores durkheimianos en el contexto anglosajón (Mary Douglas o Edmund Leach), el adjetivo "francesa" en el título del libro resulta del todo pertinente. Al mismo tiempo, Juan insiste, creo que también con razón, en la importancia de la EFSA para la sociología mundial. A mi parecer, la necesidad de tener en cuenta esa doble dimensión no ha desaparecido. No existe todavía

una verdadera comunidad mundial en sociología (y ni siquiera sé si habría que desear que existiera). Así las cosas, ocurre con cierta frecuencia que expresiones de un provincialismo muy marcado y estrecho, pero formuladas en lengua inglesa, son tomadas como referentes casi exclusivos de "lo internacional", provocando un sensible empobrecimiento en algunas zonas de la sociología actual. (Podría indicar algunos ejemplos de mi propio ámbito de especialización, pero eso sería otro tema.)

Me gustaría apuntar, por último, que el libro de Salvador Juan es un ejemplo de los buenos resultados que, dadas las condiciones adecuadas, pueden derivarse de los intercambios académicos. Concebido con la finalidad de compensar el déficit de conocimiento sobre la sociología francesa que, a diferencia de otras épocas, es bien visible en las universidades españolas de hoy, ha derivado en un planteamiento original y comprometido, discutible sin duda en algunos extremos pero siempre sugerente, que resultará también significativo en su propio contexto geográfico. Escrito originalmente en castellano, la edición de PUV es la primera versión de un libro que muy probablemente tendrá una prolongación francesa (me parece al menos que eso sería lo lógico). Un texto, en definitiva, a tener muy en cuenta en cualquier curso universitario de teoría sociológica. Y de interés, más allá de sus usos estrictamente académicos, para lectoras y lectores cultos en general.

.....
 ERNEST GARCIA es catedrático de Sociología en la Universitat de València.